

EL PODER CIUDADANO DE LA RESISTENCIA CIVIL

Oscar Useche Aldana¹

Resumen

El presente artículo es un producto de investigación que recoge las reflexiones realizadas en diferentes escenarios académicos y sociales, en procura de reconocer en los ejercicios emergentes de ciudadanía que se vienen manifestando prolíficamente en las sociedades actuales, las claves de lectura de un fenómeno que extiende sus raíces en las diversas formas de afirmación de la vida: la resistencia. Es posible reconocer en algunas manifestaciones de la vida una práctica permanente de resistencia, una capacidad para enfrentar todo aquello que pueda amenazarla o ponerla en riesgo, buscando además vías para reproducirse y transformarse. La resistencia puesta en ejercicio por parte de los y las ciudadanas, se revela como un proyecto de poder ciudadano mediante el cual se despliegan las potencias personales tales como la libertad, la autonomía e incluso la fragilidad, posibilitando incluso el despliegue también de potencias colectivas, capaces de transformar las condiciones culturales, económicas y políticas en unas circunstancias determinadas.

Palabras Claves

Resistencia Civil, ciudadanía, micropoderes

Abstract

This paper is a product of investigation that present some reflections through which the author try to recognize, in the emergent exercises of citizenship, the keys of reading of a phenomenon that extends its roots in the diverse forms of affirmation of the life: the resistance. It is possible to recognize in some manifestations of the life a permanent practice of resistance, a capacity to face everything what it can threaten it or put it in risk, looking for, in addition, other routes to reproduce and to become. The resistance put in exercise for the citizens, are revealed like a project of citizen power that allows to unfold personal powers such as the freedom, the autonomy and the fragility, making possible even the unfolding of collective powers, able of to transform the cultural, economic and political conditions in certain circumstances.

Keywords

Civil resistance, citizenship, micropowers

Artículo recibido el 22 de febrero de 2009, aprobado el 19 de septiembre de 2009

1. Economista y magíster en Investigación Social Interdisciplinaria. Ha obtenido el Diploma de Estudios Avanzados del Doctorado de Paz, Conflictos y Democracia de la Universidad de Granada. Investigador en temas de paz, y no violencia, desarrollo, ciudadanía, derechos, entre otros. Director del Centro de Estudios e Investigaciones Humanas y Sociales de Uniminuto. Impulsor del Movimiento Ciudadano por la No Violencia.



La resistencia civil pacífica a la dominación y al despotismo es un proyecto de poder ciudadano, concebido como una respuesta necesaria al hecho contundente de que las fuerzas con las que están dotados los seres humanos están siendo reducidas y paralizadas reiteradamente por poderes que se han esforzado por establecer un orden homogéneo, basado en el ejercicio de un poder político coercitivo.

La recurrencia a la violencia ha sido el principal camino para conseguir la preponderancia de algunos sobre el resto de la humanidad y desde allí se han fundado derechos de guerra e inequidades sin cuento. Otros dispositivos de dominación también se han puesto en marcha, como los medios de comunicación, que se han transformado en un fin en sí mismos y que generan opinión pública despojada de sentido social e incuban los contornos de lo que algunos prefieren llamar la "democracia espectáculo". A esto se suma un mercado salvaje que reproduce la ley del más fuerte, ensañándose sobre los empobrecidos del mundo.

Sin embargo, la vida resiste, y desde ella los seres humanos continuamos produciendo la sociedad de hoy, a pesar de los aparatos jurídicos cada vez más sumidos en esa tendencia del derecho a la barbarie que acrecienta la crisis de legitimidad de los Estados, de los para-Estados y de sus múltiples dispositivos policiales y militares que la constriñen.

La resistencia es anterior; siempre es primera, porque la resistencia es un impulso vital y como tal está ligada profundamente a todos los procesos productores de la vida. De ahí que, a pesar de la precariedad de las condiciones en las cuales se desenvuelve el diario vivir, muchos segmentos de la sociedad mantengan la defensa de sus territorios existenciales y labren caminos para construir la autonomía de las colectividades. Esta autonomía surge sin tener que ser subsumida en ese nerviosismo generalizado, esa paranoia que lleva a desconfiar de todo y de todos, y que establece un amplio campo del sin-sentido, de propensión a la locura, que puede expresarse en la incubación de estallidos violentos.

La resistencia civil noviolenta es una propuesta de poder que se deslinda de la lógica binaria del

poder establecido, que se resiste a entender el mundo dividido entre buenos y malos y que no acepta ser diagramada en ese mundo sin matices, en el que sólo existen amigos y enemigos.

Al parecer, el único camino para la constitución política de la nueva ciudadanía es el señalado por B. Spinoza (1999): una física de oposición al poder de dominación. La libertad, la autonomía, como cualquier derecho, no se representan, no se delegan, sino que se constituyen colectivamente. Y es en la potencia creativa de las moléculas sociales que conforman la multitud ciudadana de donde puede surgir su propia organización. Es desde allí que puede haber la posibilidad de que la sociedad reabsorba al Estado y suprima los para-Estados. La energía que irriga el cuerpo social y genera la viabilidad de formas de convivencia no violentas ha de surgir de las entrañas de la sensibilidad colectiva surgida de lo que es una vivencia esencialmente ética y estética (en tanto que creativa).

Entre tanto, parece confirmarse la sentencia Spinoziana de que "la mejor constitución es la que se basa en el derecho a la resistencia y la oposición al poder (de dominación)" (Spinoza, cit. por Negri, 1993). Se trata de resistir a la guerra, incluso a la guerra "fría" que se desarrolla en las ciudades, con sus diversas modalidades de violencia, y de desobedecer a todo poder despótico que pretenda implantar el exterminio de las singularidades. Tal vez ese sea el comienzo.

El poder que hay que transformar

La guerra es el más eficaz de los mecanismos de dominación. Activa las pasiones de muerte, destructivas y entrópicas. La violencia homicida produce un mundo de significados en los que priman pulsiones paralizantes: el odio, el miedo, el desprecio, la deshumanización del rostro del contrincante. Todo ello se expresa en los cuerpos tensos, en el lenguaje crispado, en el arma dispuesta a producir daños letales. En sus espíritus hay algo que va más allá del simple sentido del deber; exudan desquite, sed de venganza, pelea a muerte, pase lo que pase. Y a ese estado emocional arrastran a los colombianos.



La guerra genera un campo de fuerzas tensionadas y dispuestas a eliminar, arrogante, machista, que desprecia a los neutrales y fulmina al que intente calmar los ánimos. No hay lugar para componedores; solo brillan las armas y son reconocidos los ejércitos. Es el tercero excluido, solo hay lugar para dos, por las buenas, o por la fuerza; estás conmigo o estás contra mí. Si la gente buena y pacífica, los Guillelmos Gavirias, los Gilbertos Echeverris o los campesinos que habitan los territorios en disputa, no se alinean, caen en el furor del choque brutal. No son visibles como terceros; sólo los percibe el frío de la muerte que decretan los guerreros.

Este es el poder de la guerra: el de los poderosos de siempre, el de quienes se disputan el poder para aplastar. Este poder no sirve a la vida, la destruye; paraliza la fuerza que todos llevamos dentro; solo admite su verdad, ansía la homogeneidad, sepulta la diferencia.

La resistencia civil ciudadana se desarrolla como un proceso continuo y complejo de transformaciones, para desmontar la lógica de la guerra y asentarse en una lógica creativa, que potencie todas las fuerzas sociales y produzca nuevas relaciones sociales que atraviesen el conjunto de las dimensiones en las cuales se organiza la vida.

La economía que hay que cambiar desde la resistencia civil

Como dice Antonio Elizalde (2003), debe haber una relación entre economía, felicidad y amor. El capitalismo salvaje, que se va imponiendo en el mundo, ha igualado el ser y el tener. Solo se es si se tiene y el deseo ha sido convertido en mera necesidad, en carencia. La felicidad se asimila al consumo y hasta puede obtenerse en cómodas cuotas mensuales (con sus respectivos intereses) y el amor... el amor se ha transformado en mercancía, en moneda de cambio. Por eso no es extraño que Eduardo Galeano asemeje el mercado capitalista salvaje a una fuerza que entraña terror y que produce más muertos que los que se le atribuyen al enemigo terrorista: "¿Serán obras de Al Qaeda estos terrores cotidianos? La economía comete atentados que no salen en los diarios: cada minuto mata de hambre a 12 niños. En la organización terrorista

del mundo, que el poder militar custodia, hay mil millones de hambrientos crónicos y 600 millones de gordos" (Galeano, 2002).

La resistencia civil no violenta propone un nuevo sentido a las relaciones económicas. Una economía que sirva a la vida, a la ciudadanía de alta intensidad y a la gente; que esté fundada en relaciones humanas que dignifiquen y permitan llenar de sentido la existencia, y que abandone la compulsión por acumular objetos y dinero. Pero para ello se hace necesaria una opción ética que deslinda el crecimiento de las variables económicas de lo que puede ser un desarrollo de la vida humana y de la supervivencia del planeta. No puede ser que se valoren más los balances de las corporaciones multinacionales que las posibilidades de vida de la biosfera.

La política de la resistencia civil

La política moderna ha andado hacia formas sofisticadas del autoritarismo y la ausencia de democracia. Estados despóticos, que analistas como Noam Chomsky prefieren denominar "Estados canallas", en profunda crisis de legitimidad porque han ido derivando en auténticas plutocracias que, de manera obscena, promueven guerras y devastaciones en aras de una mayor rentabilidad para el capital. Instituciones en crisis por el desbordamiento del despotismo patriarcal (la familia); la erosión del poder sobre el conocimiento que ejercía el currículo en la escuela; el debilitamiento del poder médico en la institución clínica, etc. El modelo por el cual se estatalizó la vida cotidiana, y por el cual se convirtió al Estado en la madre del individuo y la sociedad, trajo consigo fascismos de escala nacional o de escala personal. Este modelo de poder fracasó, pues de su oferta de una sociedad humanizada y equitativa no ha quedado más que un discurso declarativo en el cual ya pocas personas creen.

Pero además, las condiciones materiales han cambiado profundamente. La globalización y los portentos de la comunicación desdibujan los conceptos de patria, raza, lengua y cultura. Hoy habría condiciones para una ciudadanía global o universal. El Estado nacional, rebasado por el puro poder del dinero ya no es el único recipiente



territorial en el cual se pensaba la reproducción de la sociedad. La nueva ciudadanía planetaria exige otras condiciones de gestación.

La primera de ellas es imaginarse una nueva forma de la política. Hasta ahora, la propuesta moderna había sido la de la representación del poder. Hoy se da un colapso de la representación. El mundo de los representantes en los cuales se depositaba la soberanía popular está cuestionado. El problema no es sólo la necesidad de mejorar la representación; es que la gente empieza a replantearse la permanente e incondicional delegación del poder.

La resistencia civil no violenta promueve la participación plena y decisoria de la gente. Habría que comenzar por relativizar el poder de los representantes y hacer ejercicios de recuperación de la soberanía de los ciudadanos. Esto es, promover procesos de autonomías que afiancen los pactos flexibles que se hacen entre comunidades concretas. Ello implica desatar procesos cada vez más amplios de desconocimiento de las decisiones inequitativas o arbitrarias de los representantes. Este proceso se llama desobediencia civil y plantea una enorme politización de las acciones de la sociedad, por cuanto se trata de verdaderos momentos de insurgencia civil no violenta: las gestas de Gandhi al impulsar la marcha por la sal de los hindúes hacia el mar para romper el monopolio inglés y el boicot al transporte colectivo promovido por la comunidad negra norteamericana liderada por Martin Luther King para romper el apartheid fascista en estados Unidos, son apenas dos de las experiencias más relevantes de la eficacia del método de resistencia civil no violenta al despotismo.

La extensión del daño social producido por la globalización neoliberal, auspiciada por los estados nacionales, ha evidenciado que este tipo de resistencia civil también se globaliza y que cada vez incorpora a nuevos sectores de la población sin que para ello sea necesario pertenecer a una determinada clase social, raza, religión o país.

El poder ciudadano como poder de la fragilidad

Todo esto no significa que se estén creando grandes formaciones para la confrontación. No se trata de crear un poder más grande y aparatoso que se oponga a los colosos del capital. Quien se plantee una línea de choque frontal estará incurriendo en la misma lógica de la guerra y reproduciendo una idea del poder que ha sido nociva para la humanidad por muchos años. Es el problema de concepción que hay en los grupos armados, que pretenden transformar el equilibrio del poder a su favor y solo lo pueden intentar convirtiéndose ellos mismos en un poder autoritario y repulsivo.

Por el contrario, estamos ante la materialización de un poder molecular cuya fuerza radica en su negativa a convertirse en un poder de dominación central. Se trata de manifestaciones fugaces y desconcertantes del poder de las pequeñas fuerzas, que actúan a la manera de estructuras disipativas, que se tienden a manera de puentes maleables, para hacer aparecer el orden transitorio en el sustrato del caos que ha creado la máquina de empobrecimiento y de muerte imperante.

Aparecen, por ejemplo, grupos desconcertantes que basan su potencia en la diferencia, en su resistencia a ser absorbidos por la cultura "única", a ser homogenizados y pasterizados dentro de las reglas sacrosantas del mercado o por el unanimismo de los bandos de la guerra. Desconciertan porque no quieren ser gobierno, ni tomarse el poder. Solo piden que los dejen ser en su diversidad, que les dejen afirmar su forma de vida. Comunidades rurales que exigen a los guerreros que les dejen vivir su vida a su manera; jóvenes desempleados que no quieren empleo sino un modo creativo de producir; grupos urbanos que no aceptan regulaciones extremas; o más allá, homosexuales, lesbianas y transexuales demandando reconocimiento a su diferencia.

Como señala Marcos, el zapatista,

"Estos fenómenos de resistencia ('bolsas de resistencias' las llamamos nosotros para oponerlas a las 'otras' bolsas, las de valores) tienden a buscar comunicación



con fenómenos parecidos en otras partes del mundo. Las superautopistas de la información, concebidas para facilitar el flujo de mercancías y dineros, empiezan a ver (no sin pavor) que son transitadas por viejas carretas, bestias de carga y peatones que no intercambian mercancías y capitales, sino algo muy peligroso: experiencias, apoyos mutuos, historias”.

La resistencia civil es ciudadanía activa, no sólo reacción

Paradójicamente, quienes han querido aparecer como los resistentes contra el estado de cosas, creado por el capitalismo salvaje, son los grupos armados guerrilleros, quienes, precisamente por ese imaginario se han presentado como revolucionarios. Por esta razón, vale la pena hacer una corta reflexión al respecto. En su confrontación con la dominación que dicen combatir, guardan con ella una relación de interioridad. En su nivel más básico y elemental, los armados se constituyen como una oposición desde dentro. Por eso, los movimientos subversivos, lejos de resistir el régimen político y social establecido y contradiciendo a sus ideales revolucionarios originales, se convierten en focos de resonancia del poder del centro y en contera de una forma de renovación del despotismo.²

Pudiéramos decir entonces que estos insurgentes armados se limitan a reaccionar frente al régimen político prevaleciente, utilizando la misma lógica para su reproducción como alternativa de poder central. Carecen así de posibilidad de encarnarse en fuerzas activas que creen nuevos sentidos y valores, y relegan su lucha a un combate por hacerse reconocer, de tal manera que terminan, inevitablemente, reconociendo a los poderes existentes. En su lógica amigo- enemigo, aceptan las reglas de juego que les propone el odiado contrincante y que les imposibilita reconocer la naturaleza de la resistencia como creación de nuevos valores.

La resistencia como autonomía y práctica de libertad

Es la experiencia vivida de los insurgentes civiles que resisten activamente la que señala el camino de la noviolencia. La desobediencia y el desconocimiento de todo poder despótico, encarnado éste en Estados o para Estados, la construcción de una lógica de permanente afirmación de la vida, hace de los territorios existenciales de la noviolencia verdaderas prácticas de libertad (Foucault, 1994).

Este tipo de resistencia asume una opción ética por la vida que pugna por liberar el cuerpo y el pensamiento. En este mismo sentido, la resistencia es una experiencia estética en permanente fuga de las prácticas de poder tradicionales. Se trata de la recuperación del sentido del goce vital, de la reconstrucción de un tejido social solidario que proteja al colectivo del frío de la soledad egoísta y de la muerte; la producción material como forma de preservar la autonomía de las comunidades y no como mera adscripción a las reglas del mercado y la irrupción de nuevas maneras de politizar a la sociedad en el sentido de la resignificación de lo público. Estos son los grandes propósitos de la resistencia civil noviolenta.

Fuentes bibliográficas

Elizalde, A. (2003) “Individualismo posesivo y antropología de las necesidades”. En *El poder de la fragilidad*. Bogotá: Aquí estoy país.

Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del Sujeto*. Madrid: Ediciones la Piqueta.

Galeano, E. (2002). “Manicomio”. En *Revista Brecha*. Montevideo.

Spinoza. B. (1999). *Tratado teológico-político*. Navarra: Ediciones Folio.

Spinoza. B. *Tractatus*. Citado por Negri T. (1993). *La anomalía salvaje*. Barcelona: Anthropos.

2. E. Garavito, “La libertad convencional”. *Revista Universidad Nacional*, No 16-17. Bogotá, agosto de 1977. p. 36 y ss). Citado por I. Galvis en “Tramas de resistencia”. Oscar Useche et. Al. Esap. Bogotá. 2002. Texto en proceso de publicación

